

comentarios

Huelga de hambre

ES muy posible demostrar que ciertos grandes hombres han logrado llevar adelante su causa, merced a la fuerza de sus generosos sacrificios físicos personales. Célebres y esmirriados ayunadores han obtenido más fuerza social y política pasando hambre que utilizando la razón y los discursos.

Pero también es muy posible demostrar que no todos los hombres pueden ilusionarse con este sistema de lucha.

La decisión de entregarse a una "huelga de hambre" no puede tomarse a la ligera, ni la puede tomar cualquiera, pues lo que en un momento dado puede aparecer una demostración de heroísmo y defensa sublime de ideales, puede transformarse —sin términos medios— en una grave muestra de debilidad, o en una dudosa mistificación del fracaso.

La "huelga de hambre" no representa por sí misma un argumento de acción. En realidad es una determinación gratuita que no ofende a nadie, ni perjudica ni favorece a nadie, salvo a quienes la protagonizan. La fuerza de una actitud de este tipo no reside tanto en el "record" de las privaciones cuanto en la dimensión moral y social de quienes toman tal decisión. En este caso sólo puede justificarse cuando se la toma como medida extraordinaria frente a situaciones extremas, insolubles por las vías comunes. Pero aún así se hace indispensable que quienes decidan tal sacrificio no lo hagan sin tener una certeza del éxito.

¿Y quién puede augurarse un éxito con medios y tentativas heroicos, cuando se deja la duda de haber fracasado en el uso de los medios normales y más fáciles? Sin intenciones claras, sin autoridad moral, sin una fuerza de conducción determinada, aún el más espectacular sacrificio se tornaría ambiguo, inconducente y estéril. Sería un simple llamar la atención pública hacia un hecho curioso sin contenido, cuando no hacia un acontecimiento de interés deportivo.

Llevando las cosas a un plano hipotético, debe suponerse que aún la muerte de estos hombres que arriesgan generosamente su vida, no representaría por sí misma una desgracia social, sino una solución del problema planteado. No por ausencia de un hombre, sino por la presencia más vivificante aún de una idea o de una causa por quien se puede luchar hasta la muerte.

Los dirigentes gremiales que recientemente se pusieron ante la expectación pública declarando una "huelga de hambre" destinada a solucionar un conflicto laboral han dejado muchas dudas sobre la autenticidad de su decisión.

¿Resultados? Dudosos.

Quizás hayan dejado en claro —y demasiado claro— lo débil de sus posiciones. Han pretendido tal vez —con demasiada facilidad— entrar por el camino del heroísmo sin darse cuenta que el heroísmo es una sustancia de la que no puede abusarse públicamente. En la mayoría de

las circunstancias y de los conflictos, la vida acostumbra a exigir algo menos espectacular y vistoso, aunque sí más exigente y difícil: el sentido común. Hay hombres que han nacido para operar dentro de los ámbitos del sentido común; a ellos se les exigirá que sean —nada más— hombres comunes y corrientes. En

cambio otros tal vez nazcan para actuar fuera de la normalidad, en cuyo caso se les exigirá ciertas condiciones y características que no son las del hombre común y corriente.

Entonces, por qué hombres comunes y corrientes se deciden tomar actitudes que corresponden a seres excepcionales?

Hacia un internacionalismo humanizado

LAS relaciones internacionales se han visto favorecidas en el transcurso de 1959 y en lo que va del 1960, por un intercambio de visitas oficiales, protagonizadas por las más altas autoridades de ciertos países.

El hecho merece destacarse por cuanto tales visitas representan un esfuerzo concreto por lograr una mayor comprensión entre bloques y países de distintas posiciones políticas.

Pero es más importante constatar que este esfuerzo de comprensión no sólo se ha orientado hacia un contacto personal entre países de alguna prominencia política, económica o estratégica, sino también entre poderosos y humildes.

En cualquier caso se ha logrado un aplacamiento de ciertas neurosis políticas pacientemente elaboradas por la puntillosa diplomacia, más proclive a los formalismos que a la sustancia de las cosas.

Las visitas de presidentes y primeros ministros ha logrado de algún modo romper la abstracción diplomática, introduciendo gobernantes reales en pueblos reales. Por más protocolares que resulten esos encuentros, el contacto se realiza. Tanto los gobernantes que visitan como los pueblos que reciben, se ponen en la posibilidad de conocerse vivamente, con defectos y problemas, sin imágenes elaboradas.

Es cierto que la suspicacia no puede reprimir la tentación de interpretar de mil maneras este ir y venir de gobernantes. Desgraciadamente el mundo está enfermo de presunciones y de no pocas ingenuidades.

Pensar, por ejemplo, que Krushchev llegaría a Estados Unidos transportando oficialmente comunismo, es tan ingenuo como creer que el líder comunista fuera a "convertirse" por la simple visión de los rascacielos neoyorquinos y otras realidades "capitalistas".

No creemos que esa fuera la finalidad esencial de tal viaje. Menos aún puede pensarse que ése haya sido el resultado. Todo se redujo más bien a un "comprender" que el pueblo norteamericano, como cualquier pueblo del mundo, tiene un normal deseo de vivir en paz, pese a sus grandes problemas cuyas soluciones, por otra parte, no le han sido solicitada al líder comunista.

Frente al próximo viaje del presidente de Estados Unidos a determinados países Latinoamericanos puede lanzarse al viento la mar de conjeturas. Pero lo cierto es que esos países no pueden esperar soluciones de sus problemas por la mera presencia de tal presidente, ni éste podrá captar en todas sus dimensiones la realidad de los países que visitará. Pero sí podrá percibir que los países son dis-

tintos unos de otros, aunque todos pretendan lo mismo. Esa variedad, vista y comprobada, puede afianzar mejor la idea de que los "bloques" internacionales o continentales no son más que una elucubración política y que la realidad internacional se encuentra tan humanamente matizada que los últimos fundamentos para comprenderla hay que buscarlos no tanto en las cosas que tienen, hacen o fabrican los países, cuanto en los hombres que existen (o subsisten) en tales países.

La comprensión internacional de la que tanto se habla no puede surgir de una pura teorización e intelección de las naciones, consideradas las más de las veces como piezas estratégicas, sino de una actitud dinámica, orientada hacia los hombres más que hacia las cosas.

Tal vez sea mucho más difícil decidirse por una actitud comprensiva que por un plan de ayuda o un tratado de alianza.

Creemos sinceramente que la comprensión de Latinoamérica por parte de EE.

UU. y viceversa, es fundamental para la solución de una serie de problemas típicamente referidos al hombre latinoamericano. Esa comprensión haría ver como primer paso que la concepción de Latinoamérica como un "bloque" compuesto por países uniformes, es un error. También es un error y una gran falta de comprensión pensar que los países de Latinoamérica tienen una importancia indeterminada en la estrategia política mundial por su precariedad económica.

Los países que forman Latinoamérica esperan comprensión sincera y no simples limosnas. Tanto la incompreensión como la actitud de mecenas son una forma despectiva de valorizar.

Esperamos que este nuevo método de afianzar la comprensión internacional—mediante contactos directos de gobernantes—, logre transformar la política de la fuerza, que siempre supone un acumulamiento de cosas, en una política humanizada que siempre supone la existencia de hombres capaces de entenderse.

Atención de

S. A. FORMIO ARGENTINO